

Del 7 al 10 de julio se celebrará en Santiago de Compostela el «I Congreso Europeo de Educación para la Paz»

EDUCAR para la «PAZ» y la «CONVIVENCIA»

— Fernando Pariente —

Necesitamos cada día más insistir en que hay que educar en valores que nos lleven a una convivencia pacífica y a hacer más humana y llevadera la sociedad en que vivimos. A veces de la impresión de que nos deslizamos hacia sistemas de vida más propios de las junglas que de gupos humanos. Por eso es importante fomentar todos los movimientos ciudadanos que se propongan la educación en valores de tolerancia, respeto por lo demás y pacifismo.

El próximo mes de julio va a celebrarse en Santiago de Compostela el Primer Congreso Europeo de Educación para la Paz. Es la primera vez que se elige a España para un acontecimiento de esta naturaleza. Habitualmente los congresos de educación para la paz tienen carácter mundial.

En el último, celebrado en París, Santiago presentó su candidatura para ser sede del siguiente congreso mundial, pero la organización prefirió cambiar de continente, buscando una implantación más universal del movimiento, y se lanzó en cambio la idea de celebrar en la capital gallega el Primer Congreso Europeo. La convocatoria está ya en marcha y el comité organizador ya ha emprendido la tarea de poner en marcha la compleja maquinaria de un acontecimiento de esta naturaleza.

La invitación a participar se dirige en primer lugar a los centros de educación y a los profesores. También a los padres y a sus asociaciones, así como a los sindicatos y a los grupos pacifistas, ecologistas, etc. Sin embargo, el colectivo más numeroso y el más apetecido es el del profesorado.

—Dirección: Rúa do Preguntoiro, 9, 2º D. Tfno. 981/575843. Santiago de Compostela

NO SE TRATA SIMPLEMENTE DE UNA ENSEÑANZA TRANSVERSAL

El tema de la Educación para la Paz es uno de esos temas que englobamos en las llamadas enseñanzas transversales, pero que, en realidad, deben emparar todo el sistema educativo. La jerga escolar actual denomina transversales a aquellos temas que no constituyen en sí mismos una asignatura sino que deben ser tratados desde distintas perspectivas académicas y que, por tanto, inciden parcialmente en la programación curricular de varias disciplinas. Si representásemos gráficamente las disciplinas como franjas verticales, habría algunas enseñanzas que se deberían integrar en varias diferentes y habría que representarlas como lí-

I CONGRESO EUROPEO DE EDUCACIÓN PARA LA PAZ



Santiago de Compostela, 7-10 / 7 / 1994

neas horizontales que las cortasen en puntos determinados y formasen franjas transversales. En ese cajón de las enseñanzas transversales metemos cosas como la educación vial, la educación sexual, la educación para la paz...

Esa clasificación puede servir para saber de qué estamos hablando, pero no creo que sea la más apropiada. Hay enseñanzas que sí son transversales, pero hay otras que simplemente pertenecen a un ámbito distinto del académico, son otra cosa y están en otra esfera. Se puede educar para la paz, pero no se puede enseñar para la paz. Educar para la paz no consiste en transmitir una serie de conocimientos sobre aspectos políticos, militares, históricos, culturales o éticos. No basta con producir slogans sobre lo mala que es la guerra o las matanzas crueles que se producen en ella, las injusticias, la violencia, etc. etc. Educar para la paz significa inculcar en los alumnos unos valores que les lleven a tomar una actitud

pacífica ante cualquier circunstancia de su vida. El pacifismo se lleva dentro, no se puede tomar prestado, ni aprender; se lucha por conseguirlo y se sigue luchando por mantenerlo. Como todos los valores, el pacifismo es el fruto de un convencimiento personal profundo que no es inmutable, sino que está sujeto a los vaivenes producidos por las conductas repetidas que se convierten en hábitos.

Ser pacifista no significa sólo maldecir de las guerras. Hay quienes se autodenominan pacifistas, pero son desmentidos por el empleo continuo de recursos dialécticos del todo beligerantes. Existen los pacifistas diurnos, que por las noches atentan violentamente contra los árboles, las paredes o las estatuas. Las conductas no pacíficas no pueden sostener actitudes pacifistas.

Inculcar valores no es tarea fácil. El profesor no puede hacerlo con discursos, ni el padre con sermones. Los valores entran por los ojos. Las actitudes se observan, se admiran... y en esa admiración se encuentra el primer brote de la actitud nueva. Nuestros abuelos llamaban a eso predicar con el ejemplo.

La escuela podrá producir información sobre las crueldades de la guerra en Bosnia, las penurias del África seca, las injusticias del reparto de las riquezas, el despilfarro de las sociedades avanzadas y la explotación de los recursos del Tercer Mundo. El conocimiento de todas esas realidades será muy provechoso, pero no producirá una sociedad más pacífica, ni contribuirá a la extinción de los conflictos bélicos en el mundo, si antes no se han sabido inculcar valores como la solidaridad, el respeto por las culturas, las creencias y los sentimientos ajenos... si no se han sabido crear hábitos de comportamiento pacífico en las circunstancias cotidianas... si no se han adiestrado técnicas de soluciones apaciguadoras de conflictos.

Conseguir esos objetivos tiene mucho que ver con las actitudes de los profesores en clase ante los alumnos, su forma de actuar en la comunidad escolar, sus reacciones en la interacción diaria de la clase, su respuesta ante los estímulos prevenientes de los alumnos, su capacidad de comprensión, su respeto por las personas y las cosas, sus hábitos y sus recursos de disciplina y docencia. Predicar pacifismo y tomar venganza con las notas, predicar la comprensión entre los pueblos y las razas, pero no hablarse con el profesor del aula vecina, no funcionará.

DOS CASOS DE ESTUDIO

De vez en cuando las crónicas de sucesos encienden señales de alarma sobre comportamientos violentos de jóvenes y niños. Son indicadores de que algo puede no estar funcionando bien en la educación que los niños reciben en casa y en el colegio. Dos casos tomados de la prensa a lo largo del año pueden ilustrar esta afirmación y ofrecer un estímulo para la reflexión.

CASO nº 1: «UN GOL DEL ATLÉTICO NO VALE UNA VIDA»

Dos pandillas de amigos de alrededor de dieciocho años contemplaban en un bar de La Coruña el partido de fútbol Barcelona - Atlético de Madrid, retransmitido por televisión. Hacia el final del primer tiempo el Atlético metía su tercer gol y volvía a ponerse por delante del marcador del Barcelona. Este motivo fue la causa que provocó el estallido de una discusión entre las dos pandillas, que derivó en una pelea y terminó con la muerte de Emiliano Prada, un estudiante de derecho de diecinueve años de edad, a causa de dos cuchilladas efectuadas por otro estudiante de segundo de BUP con una pequeña navaja de seis centímetros y medio de hoja.

Parece increíble pensar que un joven con toda la vida por delante se haya topado de bruces inesperadamente con una muerte tan insensata, mientras el otro se ve en la necesidad de enfrentarse a tan graves responsabilidades, que cambiarán por completo su vida, por un motivo tan baladí. Aparentemente la causa ha sido una estúpida discusión de fútbol, que el Atlético le marcara un gol al Barcelona, pero en realidad ¿eso ha sido todo? ¿Nos vale como explicación la fogosidad de unos hinchas juveniles para entender que un chaval de dieciocho años sacara una navaja del bolsillo y provocara, en las circunstancias que fueren, la muerte de otro de diecinueve?

Me gustaría trascender este acontecimiento individual con sus características peculiares. Trato de evitar el juzgar unos hechos cuyos detalles desconozco y que no pueden ser valorados con justicia sin saber con total precisión toda la secuencia del suceso. Pero también sospecho que existe una cultura juvenil y callejera, más general, que puede estar sirviendo de caldo cultivo en el que barbaridades así puedan tener lugar un día cualquiera, en un bar cualquiera, de una calle cualquiera, de una ciudad cualquiera. Y de eso sí que todos somos algo culpables.

Quizá nunca se haya hablado tanto de la necesidad de transmitir valores en educación. Sin embargo da la impresión de que los padres y la escuela estamos fallando en conseguirlo. Hablamos de solidaridad, de fraternidad, de respeto a los demás..., pero numerosas actitudes de cada día desmienten esos valores y se imponen como modas. Los hinchas de los equipos de fútbol se asemejan a energúmenos que liberan sus instin-

tos agresivos en los estadios y sus alrededores. Todavía están recientes las imágenes de un estadio prestado a un gran equipo nacional que presentaba después del partido un aspecto como si se hubiese desarrollado en él una batalla de la guerra de Bosnia. Algunos de nuestros jóvenes tienen planteada una lucha sin cuartel contra la limpieza de paredes y monumentos y parece que tienen todas las de ganar en el intento. Las escaramuzas con las autoridades locales por la posesión nocturna de las calles durante los fines de semana también son frecuentes y los padres nos sentimos tan impotentes para conseguir que nuestros hijos retornen a casa a una hora más o menos decente, como los sufridos vecinos de las zonas de moda para conseguir algún alivio al jolgorio que les permita a ellos pegar el ojo y sumirse en los brazos de morfeo. Periodicamente árboles, coches, papeleras y contenedores aparecen en las tranquilas mañanas domingueras con las huellas de dolorosos atentados de incontrolados a los que no hicieron ningún mal.

Para alguno de nuestros jóvenes el respeto ajeno, la solidaridad, la libertad de los demás son conceptos tan elevados que no rozan las miserias de la vida diaria.

No parecen darse cuenta de que esos valores lo son porque están siempre presentes en la conducta de quien los posee. No se toma uno vacaciones de ser respetuoso con los demás. Se es respetuoso o simplemente no se es.

Probablemente este problema no sea responsabilidad en exclusiva de sus protagonistas. Una cierta permisividad se adueñado de nuestra cultura e invade las estructuras familiares y escolares borrando barreras, pero al mismo tiempo difuminando límites que señalen las diferencias entre lo que es correcto y lo que no lo es. Me pregunto si no nos harán falta códigos más claros de conducta para luchar contra la marea del "todo los hacen" que no tiene fácil respuesta.

La muerte de Emiliano ha sido una experiencia dura para sus protagonistas y para dos familias, que ven roto de forma absurda su entorno vital, pero no era la primera vez que ocurrían acontecimientos parecidos, en los que gente muy joven había tenido comportamientos similares; ya había sucedido en Barcelona algo con una cierta semejanza y en Gijón también ¡Ojalá fuera la última!

CASO nº 2: «LOS PRESOS MAS JÓVENES DE LA HISTORIA»

Al final les cayó cadena perpetua. Dejaron de ser niño A y niño B para ganar una identidad con nombres y apellidos, mientras toda la monstruosidad de su acción quedaba patente a los ojos del mundo y sellada por el peso de unas acusaciones probadas, un veredicto del jurado de culpabilidad y una sentencia firme de privación indefinida de libertad. No hace falta decir, porque todos lo sabemos ya, la edad de Robert Thompson y de John Venables, los dos niños de Liverpool más famosos del mundo, que han conseguido eclipsar tristemente, aunque sólo por algún tiempo, la fama de los otros niños rebeldes de la ciudad, los Beatles.

Antes de la última sesión del juicio, un espectador demandaba las razones por las que ambos niños habían cometido la serie de atrocidades que desembocaron en el crimen. A mí no me importa saber por qué lo hicieron. Ni siquiera creo que hubiera ningún por qué, ni que la trágica secuencia de los hechos tuviera otro hilo conductor que la más terrible y flagrante inconsciencia. Por eso lo que me preocupa mucho más es llegar a intuir qué ha hecho posible el que unos niños de once años encontraran divertido, gratificante o lo que se quiera decir, el maltratar a otro niño indefenso, de dos años, elegido sin otro motivo que la oportunidad y el azar, hasta provocarle una muerte inmi-

sericorde. No me importa si se divertían o se vengaban de la vida, de la miseria o de la sociedad. Lo que me asusta es imaginar los llantos, la primera sangre de la víctima,... y llegar a la conclusión de que no les impresionó lo suficiente para detener su macabra carrera.

Yo supongo, ¡ojalá me equivocase!, que la muerte de James se debió a eso, a que ambos pequeños aprendices de la vida y ya monstruos, tenían callo, estaban tan habituados a contemplar la violencia y a ver correr la sangre, que no encontraron demasiada diferencia entre la cruda realidad y muchas vívidas imágenes contempladas previamente en mil películas y telefilmes que, hasta ese momento, parecieron servir de banal pasatiempo doméstico.

Me preocupa también la experta planificación de la falsa pista de desnudar el cadáver del niño de medio cuerpo para abajo con el fin de simular el asalto sexual de un adulto y enfocar así la investigación de la policía en otra dirección. ¿Cómo pudo la vida en sólo once años enseñarles tanto? ¿En qué universidad de bajos fondos aprendieron?

Y otra vez las sospechas me llevan al mismo mundo de imágenes y violencia en la que nuestros hijos más pequeños viven desde que esa irracionalidad se ha apoderado del mercado de la imagen y del entretenimiento porque ese tipo de relatos, al parecer, vende más.

Por todo esto es por lo que la sentencia de Liverpool no acaba de dejarme satisfecho. No me parece un libro terminado y que se cierra, ni una película a la que se haya puesto el cartel de fin. Seguro que algún productor anda ya detrás de los derechos para contárnoslo con las imágenes más reales que se puedan, aunque no se deban, imaginar.

Los protagonistas pueden variar y la horrible secuencia de los hechos puede sufrir algunas alteraciones, fundadas en la imaginación individual, pero, si las situaciones sociales que han hecho posible este horrible acontecimiento siguen inmutables, es lógico que los hechos se repitan en un lugar o en otro; eso da lo mismo. Entonces podremos seguir emitiendo veredictos de culpabilidad por medio de nuestros tribunales, pero la verdad será que las culpas estarán entre muchos

REFLEXIÓN OBLIGADA

Tanto la familia como la escuela no pueden sentirse ajenas a estos acontecimientos. Para aprender de la vida es preciso observar lo que sucede alrededor y sacar las conclusiones que sea necesario. Valorar hechos como estos, discutirlos con los jóvenes y tratar de extraer conclusiones de comportamiento es imprescindible.

Catergest

Servicio Especializado de Alimentación a Centros Docentes



La educación trasciende los libros de texto y las clases regladas. La adecuada satisfacción de las necesidades psicobiológicas para el equilibrio orgánico y psíquico y como necesidad social de convivencia deben tratarse como un componente más dentro de los programas académicos.

Nos complace singularmente el haber podido colaborar con los profesores a lo largo de los años en esta proyección, ciertamente educativa, de nuestra profesión.

Catergest

«Un servicio a su medida»

Estamos a su disposición en:

C/ ILLA DE AROUSA, 4 - BOA VISTA - 36005 POYO PONTEVEDRA
C/ TORRELAGUNA, 127 - 28043 MADRID - Tel.: (91) 415 73 12 - Fax: (91) 519 59 34